

salida, [Auster] no tiene más remedio que establecer una nueva relación entre mundo y palabra” (p. XXI) que empieza a ensayarse en «Efigies» y se observa en «Fragmentos del frío». Este poemario perfora el muro: “Soy tu desazón, la rendija/ en el muro/ que se abre al viento” (p. 213). La inquietud interior, la pesadumbre, hace que el contacto con el exterior se haga inevitable. «Aceptando las consecuencias» es un título congruente, los versos revelan razones de esa paulatina apertura hacia el mundo: “y a mis ojos jamás será cuestión/ de intentar/ simplificar el mundo,/ sino una forma de buscar un sitio/ por el que entrar al mundo, una forma de estar/ presente/ entre las cosas/ que no nos quieren... pero que necesitamos” (pp. 245, 247). Asimismo, el formato ha cambiado: la condensación ha dado paso a poemas más extensos que anuncian el tránsito hacia la prosa. La mano se extiende, como muestra «Espacios blancos» que surge tras un año de mutismo. Será la danza, el observar un espectáculo de cuerpos en movimiento que fluyen por el escenario, lo que, a modo de epifanía, haga que Auster vuelva a la escritura, vuelva “a mover palabras sobre el papel y explorar los *espacios blancos* de la página” (p. XXIV). Pero en esta ocasión la prosa se erige como el modo más adecuado para hacerlo.

*Poesía Completa* se cierra con «Notas de un cuaderno de ejercicios», trece apuntes de juventud que ya anuncian su obsesión por los límites del lenguaje: “¿Cuál es entonces la experiencia del lenguaje? Nos da el mundo y nos lo quita. En el mismo golpe de aliento” (p. 289). El hecho de que aparezca al final del volumen confiere a *Poesía Completa* la idea de continuidad, de flujo en constante intercambio que caracteriza a la obra de Auster, como esa puerta entreabierta que aparece en la portada.

Auster nos permite descubrir un universo poético del que hasta ahora tan sólo conocíamos una parte. Doce lo aproxima, ofrece su interpretación en nuestro idioma. A partir de este momento es tarea del lector penetrar en un texto u otro y habitarlo.

Teresa PERALES FRAILE

GUMILIOV, Nikolái: *El tranvía extraviado*. Edición bilingüe de José Mateo y Xènia Dyakonova. Ediciones Linteo: Orense 2012. 204 pp.

Cuando los regímenes totalitarios caen y, con ellos, se desploman la censura y las literaturas oficiales, emerge de su prohibido silencio la literatura, sin adjetivos, y lo que una vez fuera clandestino se torna sinónimo de libertad. Gumiliov, cuya memoria fue restituida en 1992, setenta y un años después de su fusilamiento por su supuesta participación en la Organización de Combate de Petrogrado, un colectivo zarista que, según el régimen soviético, pretendía derrocar el poder establecido y que nunca existió en realidad, es uno de los mayores poetas rusos del siglo XX y, por desgracia, todavía desconocido en nuestra lengua, exceptuando el reducido ámbito académico de la filología eslava.

Fundador del acmeísmo en una época en la que el futurismo de Maiakovski, Severianin o Kamenski, entre otros grandes poetas, estaba en su mayor apogeo, Gumiliov, entendía el poema como una construcción, una manufactura que nada tenía que ver con la inspiración, la ruptura de las reglas gramaticales o los neologismos imposibles, sino con el cántico que alumbra la realidad partiendo de los márgenes rítmicos de las estrofas, con la maestría que subyace a lo que empuja a decir una rima. Como bien nos explica José Mateo en la introducción, la palabra *ἀκμῆ* (*akmē*) de la que proviene el concepto de acmeísmo, tiene que ver con el punto de máximo esplendor de un astro o del vigor en la vida de una persona, que los antiguos griegos situaban en la edad de cuarenta años. El acmeísmo, por tanto, ambiciona expresar con la máxima cercanía a la realidad posible, el más hermoso canto. Cualidad ésta,

la del canto estrófico y rimado, que, a juicio de Gumiliov, era ejercitable, que podía enseñarse mediante la lectura y la imitación bien conducidas, y que permitió a su vez que se mantuvieran vivos los poemas y, con ellos, la figura del poeta en el recuerdo de sus admiradores, que los recitaban de memoria una vez desaparecido.

La antología que se nos ofrece en *El tranvía extraviado* abarca de manera retrospectiva los poemas más representativos del gran poeta ruso. Realizar una antología de Gumiliov es muy complicado: primero, por la ingente producción literaria del autor y, segundo, porque muchos de sus poemas vieron la luz más allá de sus libros e incluso después de su muerte en revistas, tanto rusas de la época, como extranjeras a lo largo del siglo XX. Para ello, los compiladores de la antología han optado por hacer un apartado con el sobrenombre de *Otros poemas* y las debidas notas al pie de página, que explican, por un lado, la fecha de creación del poema y, por otro, en qué revista aparecieron. Este apartado, junto al hecho de que se desplacen al final del libro los poemas «Los capitanes» y «El descubrimiento de América», pertenecientes a dos colecciones diferentes, hacen que la intención primigenia de la antología, esto es, ofrecer una lectura que induzca a la reflexión, tanto estética como involutiva dentro del desarrollo de las líneas de creación de la obra de Gumiliov, se vea un tanto menoscabada en su conjunto.

Capítulo aparte merece la traducción de los poemas, la colaboración entre Xènia Dyakonova y José Mateo es absolutamente fructífera. En un sentido estricto, la antología sigue los preceptos de Octavio Paz, los cuales me permito traer a colación por su idoneidad: “La cultura comienza con el lenguaje y el lenguaje es esencialmente traducción. Comienza en el interior mismo de cada lengua: la madre traduce al niño, el sabio a las palabras de los antiguos, el brujo a los animales y a las plantas, el astrólogo a las constelaciones. Traducir no sólo es trasladar sino transmutar. Y esa transmutación cambia al traductor y a lo que se traduce.”

Xènia Dyakonova y José Mateo se han encargado de transmutar los poemas de Gumiliov del ruso al español, realizando lo que el poeta y traductor José Ángel Valente, orensano como la editorial Linteo responsable de la antología, tuvo a bien llamar *versión*, y que no es otra cosa que una reescritura del poema, su reconstrucción en la lengua extraña que lo acoge en la naturaleza de su propio ritmo, “ilimitada en la limitación de sus orillas”, como diría Juan Ramón Jiménez.

Poemas como «El otro» o «Ella», dedicados a la que fuera la primera esposa de Gumiliov, la también poeta Anna Ajmátova, no solo soportan la lectura en voz alta sino que sobrecogen por su hermosura y por su perfecto ritmo endecasílabo, sutil y encabalgado, que tan pocas veces saben respetar los versionadores en nuestra lengua por desconocimiento del ritmo silábico que subyace al verso o falta de relación carnal con las palabras, con la lectura de poesía, con el acopio y la asimilación de otras voces que dan lugar a una nueva voz. Baste como ejemplo de lo que digo la excepcional versión del ya citado poema «El otro»: “Espero –alimentando los reproches–/ pero no a la mujer llena de encanto,/ con quien en íntimas conversaciones/ recordar historias del pasado./ Y tampoco a la amante: estoy cansado/ de lánguidas miradas y susurros;/ y ya no me importan los arrebatos/ ni tormentos cien veces más agudos./ Espero al compañero, destinado/ hasta el fin de los siglos por el cielo/ por tantos sufrimientos dilatados/ a través de la altura y el silencio./ Pero él se equivocó, y de qué manera,/ cuando por un instante dio lo eterno,/ porque veía, altivo, una cadena/en el lazo de unión de nuestros sueños.”

Uno de los pocos reproches que se le pueden hacer a las versiones de Xènia Dyakonova y José Mateo, y que no pasará inadvertido para el lector de poesía más experimentado, es el abuso de encabalgamiento en las cesuras de los alejandrinos, por ejemplo, en en la segunda parte del poema «El cuerpo y el alma»: “[...] la sangre fluye cálida, me respondió/ [...] sobre

los prados *perfumados* de romero/ [...] o como si se *avicinara* una tormenta [...]”. Asimismo, en ocasiones, las sinalefas vocálicas desplazan la tonalidad silábica natural del verso, haciendo que terminen por cojear ciertas estrofas, como en el caso del último verso de la quinta estrofa del poema «La palabra»: “[...] Pero olvidamos que, de lo terreno,/ tan sólo en la palabra hay salvación,/ y que en algún lugar del Evangelio/ está escrito que la palabra es Dios”. En este caso, una de las posibles soluciones hubiera sido hacer uso del asíndeton, tan característico de nuestra poesía y la maleabilidad de nuestra gramática: «Escrito está que la palabra es Dios».

Por último, no quiero dejar de mencionar la importante labor de editoriales como Linteo, que todavía se preocupan de cuidar con mimo la edición de sus libros y, a su vez, se atreven a editar poesía y, para mayor lujo, en formato bilingüe. Decía al principio de esta reseña que, por desgracia, Gumiliov es un poeta todavía desconocido en nuestra lengua. Con la publicación de la antología *El tranvía extraviado*, pese a su fragmentación, el conjunto de su obra lo es un poco menos.

Fernando PALACIOS LEÓN

HARDY, Thomas: *Los habitantes del bosque*. Edición y traducción de Miguel Ángel Pérez Pérez. Cátedra: Madrid 2013. 566 pp.

Esta versión de la novela de Hardy, publicada en la colección Letras Universales de la editorial Cátedra, es la traducción más reciente de *The Woodlanders*, una de las obras narrativas más destacadas de Thomas Hardy y considerada por él mismo como una de sus favoritas. Esta edición comienza con una interesante introducción en la que Miguel Ángel Pérez Pérez, traductor también de la obra, nos ofrece un completo recorrido por la producción literaria de Hardy así como su biografía y su entorno literario

La práctica totalidad de la acción se centra en Little Hintock, una pequeña aldea rodeada por un bosque que se convierte en un elemento esencial en la vida de sus habitantes. Esta aldea forma parte del mundo ficticio que Hardy crea a lo largo de su producción literaria y de la que el propio escritor aclara en el prefacio que no se corresponde con lugar físico alguno. No obstante, gracias a la introducción antes mencionada, nos podemos hacer una pequeña idea del mundo real en el que podrían desarrollarse las apasionadas historias de sus habitantes, un lugar del que Hardy nos ofrece desde el inicio de la novela espléndidas descripciones. Unos sucesos se entrelazan con otros de forma que cada capítulo ofrece un acontecimiento que mantiene la intriga del lector, estrategia que el escritor utilizó para la publicación de la novela en entregas. De esta misma forma la atención principal no está centrada en un único personaje, sino que cada uno de los habitantes es protagonista de cada historia. El principal tema en toda la novela, el amor, se desarrolla o desaparece según evoluciona la vida cotidiana de los vecinos de Hintock, siempre sujeto a las condiciones que rodean sus vidas. Asimismo, esta evolución se ve condicionada por la obsesión de una mejor vida material, lo que lleva a la confusión, la infidelidad y la tragedia. Un buen ejemplo de ello son los amores de Grace a lo largo de la novela, quien acepta al doctor Fitzpiers o rechaza a Giles influida por el interés de su padre de tener una vida más acomodada y con un estatus social mayor.

Miguel Ángel Pérez Pérez nos brinda en esta edición de Cátedra una excelente traducción en la que logra, desde el inicio de su lectura, introducir al lector en el mundo que Hardy crea. Mantiene el carácter histórico de la novela mediante el uso de un vocabulario más cercano a la época en que se desarrolla, respetando a su vez la naturalidad y actualidad termi-